

Pero ántes de hacer al lector la descripción de esta gran capital, queremos abrir de nuevo el manuscrito de Genaro, que como recordará, tiempo hace que no tomamos en nuestras manos. Leamos pues.

A las siete y media llegamos a Brandeburgo, ciudad de veinte mil habitantes, fundada en el año X. Ha sido tomada alternativamente por fuerzas de distintas naciones, tiene un Obispo y un elector que se declaró rey de Prusia en 1701 bajo el nombre de Federico I. Desde la estación se ve el Marienberg, que es muy hermoso y se eleva a 66 metros sobre el nivel de la ciudad. El suelo comienza a apoderarse de nosotros al amanecer y la noche con su deslumbrante claridad, haciéndonos sentir el frío y privándonos del placer de gozar de la perspectiva que ofrece el camino: pronto nos adormitamos; al detenerse el tren a las nueve horas en Potsdam despertamos y nos fijamos en la estación, que por cierto se hallaba llena de animación. De esta estación hablamos en seguida, cuando llegamos al lector la descripción de los alrededores de Berlín. Pero nos faltaba ya para llegar a la capital de Prusia; era preciso ya no dormir, porque dentro de unos cuantos minutos tendríamos que descender del tren; así fué en efecto, tras nueve y cuarenta y cinco minutos llegamos a Berlín.

CAPITULO XLIV.

Lectura del manuscrito de Genaro.

Se acercaba ya la época en que debía recibirme, y terminar de consiguiente la carrera que D Justo me habia designado. El temor en ciertas épocas de la vida y en algunas circunstancias especialmente, se hace sentir con toda su fuerza; ¿cómo era posible que pudiese yo estar tranquilo, cuando se acercaba para mí el momento más crítico? Ningun jóven puede permanecer indiferente en situación semejante. Tenia yo dentro de mí mismo la firme persuasión de que no seria reprobado: estaba satisfecho, comprendia que habia estudiado todos los años de mi permanencia en el colegio con una dedicacion que nadie podia contar; para mí no habia muchas veces noche, pues con el libro en la mano y en tortura la inteligencia habia permanecido durante toda ella.

estudiando, para poder sin ningun temor presentarme á las clases.

Todos los años me habian visto en los exámenes parciales, cubierto de laureles, de aplausos, de premios y sin embargo temia!. Los profesores, llenos de afecto por mi decidida aplicacion, me llamaban la honra del establecimiento, el orgullo de su clase; todos estos títulos, de una manera íntima tocaban las fibras de mi corazón, y mil veces, al verme el objeto de tan vivas demostraciones, de tan entusiasta aclamacion, arrojándome en los brazos de mis profesores, cubierto de lágrimas de ternura, me creia el más feliz de los mortales: mas ¡ay! ¡me engañaba! yo no podia ser feliz, puesto que me encontraba privado de la única dicha positiva que existe en la tierra, ¡la de tener padres!

Cuando contemplaba á los demás padres, tremulos por la emocion, estrechar entre sus brazos á sus hijos, que como yo recibian aplausos y premios, al instante era herido por la mas dura de las ideas: ¡ah! pensaba, si yo fuera tan feliz que tuviera como estos mis compañeros un padre..... una madre..... que presenciase mis triunfos ¡cuanta no seria mi satisfaccion! cómo se duplicaria mi contento! al verlos felices ¡ah padres míos! al contemplar en sus labios la sonrisa de la dicha

y las lágrimas tambien que arranca de los ojos el goce, ¡ah! daria por muy poco mis afaes, mis desvelos, ¡todo! pero nó. . . . á mi no me habia sido dado gozar de tan inmensa ventura; entre todos los que me rodean, los que me llenan de aplausos, no hay un solo corazón que palpite por mí, ni el mio se dirige en particular al de nadie: todos me son igualmente indiferentes; de manera que aunque gozo, porque hay ocasion en que nadie puede negar al amor propio sus satisfacciones, sin embargo, el goce íntimo, el dulce goce del corazón no puedo experimentarlo, y de consiguiente esto me priva de poder ser completa mi dicha. ¡Ah! siempre, siempre estos tristes pensamientos, estas sensaciones que es imposible evitar, venian en los momentos más risueños para mí á presentarme el amargo brevaje de la hiel.

Pero volvamos á mis exámenes: como he expuesto, estos se acercaban, y los profesores llenos de las mejores disposiciones respecto de mí, me hacian los mayores encargos. Conocemos me decian, que no necesita vd. de nuestros consejos Genaro; pero siempre es obligacion nuestra encargarle no se turbe ante la concurrencia, y conserve gran serenidad para contestar á todas las preguntas; estas y otras cosas me decian, y yo guardaba en mi corazón todos sus consejos. Los

días que precedieron á mi exámen, los pasé por completo dedicado al estudio; llegó el del exámen al fin, la sala del colegio estaba llena de señoras y señores, los profesores ocupaban su puesto, y yo aparecí entre esa multitud, pálido, trémulo y turbado; cuando se dió principio al acto, elevé al cielo una plegaria, invoqué el recuerde de mis padres, y procurando serenarme, me preparé á responder á las preguntas que se me dirijieran.

Más de tres horas duró el acto, me tocaron las materias mas difíciles y los puntos mas delicados de derecho; Dios me asistía y todo lo respondía yo con acierto: cuando los sinodales estuvieron satisfechos, me hicieron salir para dar sus votos; poco despues penetré de nuevo en el salon, y trémulo de placer escuché mi sentencia: habia sido aprobado por unanimidad con las calificaciones más honrosas. Cuando la voz del secretario lo anunció, todos los concurrentes prorrumpieron en estrepitosos aplausos; guirnaldas de laureles ciñeron mis sienes, y ramos y medallas me rodearon por doquier; yo conmovido me retiré del salon, y arrojándome en los brazos de D. Mariano, que no se habia apartado de mí, prorrumpí en amargo llanto; el buen anciano lloraba también estrechándome contra su corazón, ¡oh! cuán dulces fueron las lágrimas que derramé en aquel momento!.....

Repuesto de mi emocion, volví al salon á prestar el juramento, y fué inscrito mi nombre entre el de los demás licenciados. Cuando el magistrado para hacerlo, dirijiéndose á mí, me preguntó mi nombre, yo incliné mi cabeza sin saber qué responderle; ¡ay! tantos años de estudio y de fatiga, todos los laureles de gloria de que en aquel instante estaba cubierto, no eran bastantes á borrar de mi frente el estigma del desprecio, el baldon de la vergüenza!..... era pues preciso que fuese confundido á los ojos de esa multitud! ¡era necesario que todos supieran que el jóven, á quien acababan de aplaudir, no era más que un pobre expósito sin nombre y sin hogar!.....

Agoviado por estos pensamientos no contesté de pronto al magistrado, pero trémulos mis labios se preparaban á pronunciar mi nombre cuando D. Mariano lo hizo por mí; señor, dijo dirijiéndose al magistrado, la emocion ha embargado su palabra, su nombre es Genaro Conde del Po. A estas palabras yo levanté mi frente sorprendido, mis ojos velados por el llanto se encontraron con los de mi generoso protector; en la sala redoblaron las aclamaciones y los aplausos..... conmovido mi pecho, y ahogada mi voz por la emocion, solo pude saludar á la concurrencia, y como el acto habia concluido, salí del salon y me arro-

jé de nuevo en los brazos de D. Mariano esclamando: ¡oh padre mio, lo que hoy habeis hecho por mí, no lo olvidaré jamás!..... el buen anciano conmovido, me estrechó contra su pecho diciéndome; hoy has obtenido un triunfo Genaro, que llena mi corazón de alegría, hoy has visto premiados con usura tus afanes, mañana los verás recompensados; una multitud que se dirigía hácia nosotros me obligó á separarme de mi generoso protector; eran todos mis amigos que venian á felicitarme, á congratularse conmigo de mi triunfo y mi placer; á todos di un estrecho abrazo, y por ellos fui conducido á la sala inmediata; los primeros que habian corrido á felicitarme, eran Alfredo y Arturo. Abajo te espera la familia, me dijeron, y quieren darte un estrecho abrazo. Yo entonces descendí con presteza y solo se encontraban en el local destinado al efecto la familia de D. Justo y Clara acompañada de su aya.

En aquel momento pensé en mis padres, ¡ah, si yo los tuviese, como habrian gozado! me dije: pero dominando mis dolorosos recuerdos, y apartando de mí en aquel dia las lúgubres ideas, penetré en el recibidor y pronto me encontré entre los brazos de la familia de D. Justo.

Sofía tenia el semblante animado por el placer, y me abrazaba repetidas veces mostrándome su

contento. Julia parecia tambien satisfecha; pero sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

—¡Has llorado, hermosa Julia? le pregunté al estrechar á entre mis brazos.

—Sí, Genaro, me respondió, he llorado, pero he derramado lágrimas de ternura y de placer, que han hecho mucho bien á mi alma, porque tu triunfo, Genaro, me ha hecho gozar.

—¡Oh, cuán buena eres! exclamé acercando á mis labios su mano que conservaba aún entre las mias. Julia la desprendió dulcemente, y su semblante lánguido se animó por el placer.

Me disponia yo á sentarme á su lado, cuando sentí que una mano delicada se posaba sobre mi hombro, y una voz dulce me decia.

—¡Ingrato! y á mí no me das ni un solo abrazo?

A estas palabras volví prontamente el rostro y encontré á mi lado á Clara, hermosa como nunca, radiante de belleza, sus hermosos ojos estaban fijos en mí con una expresion seductora de ternura y de dulce reproche, mientras por sus nacarados labios vagaba su inmortal sonrisa que tanto bien hacia á mi corazón.

Al verla de pronto me turbé, pero reprimíendome de mi emocion.....

—¡Ah, hermana mia! exclamé, perdóname: engolfado con mis buenas amigas no reparé en que

tú estabas; no creí que fueses tan buena y que vieras á buscarme.

—Genaro, al excusarte me ofendes, ¡cuidado! que puedo lastimarte! añadió la hermosa jóven con una gracia seductora.

—Sí, encantadora niña, repliqué yo entónces, lo puedes, pero no lo harás, porque me amas y eres generosa, porque tu tierno corazón solo puede castigarme con un abrazo.

Y al decir estas palabras tendí hácia ella mis brazos. Clara entónces me estrechó contra su pecho, diciéndome.

—¡Ah! Genaro, tú abusas de mi cariño; bien sabes que mi corazón jamás puede abrigar por tí sentimientos de rencor, sí te perdono, y éste abrazo es mi felicitación más sincera.

—¡Eres un ángel, Clara! exclamé con entusiasmo.

—Sí, soy tu ángel tutelar, añadió la jóven sonriendo, y apartándose de mí, se adelantó á saludar á la familia de Don Justo, que sin pronunciar una palabra habian contemplado aquella escena.

Mis ojos entónces se fijaron en Julia, estaba pálida, su semblante horriblemente desfigurado, y sus ojos derramando abundantes lágrimas; yo me acerqué entónces á ella.

—Julia, le dije, por piedad no te enfades, ¡ig-

noras acaso que te amo más que á ella; tú que ocupas el primer lugar en mi alma.

Y al hablar así mentía; pero era preciso hacerlo por el bien de aquella jóven.

Julia solo pudo responderme por medio de una mirada llena de gratitud y de cariño, porque en aquel momento Clara se acercaba á ella; al verla tan pálida y turbada Clara se asustó, y estrechándola con cariño sobre su pecho, depositó un beso sobre su frente diciéndole.

—¡Oh! señorita, ¿qué teneis? ¿estais enferma?

—Nó, se apresuró á contestar Julia, no tengo nada, sino que como á Genaro lo amo con la ternura de una hermana, y es tan sensible mi corazón, aun no puedo reponerme de las violentas emociones que me ha causado hoy.

—¡Cuán bello es vuestro corazón, amiga mía! exclamó en ese instante Clara, y tomándome de una mano me dijo.

—¡Oh, Genaro, no comprendo como oses reputarte algunas veces desdichado, teniendo una ternura tan exquisita en estos bellísimos corazones! ¡Ojalá y yo pudiese en este punto ser tan feliz como tú!

Julia se quedó abismada como tratando de comprender á fondo las palabras de Clara, mientras Arturo, que acababa de entrar y oia las expresio-

nes de su amada, se acercó á ella y fijó una mirada airada en sus bellos ojos.

En seguida abrazándome me dijo.

—Te felicito, Genaro, no solo por tu entrada á una carrera en la que nunca creí que no llegá- ses á entrar, para brillar cual un meteoro reful- gente, sino por el inmenso triunfo, y por las muy merecidas ovaciones con que has sido recibido, haciéndote superior en todo á los demás jóvenes de tu clase. ¡Ojalá y en tu vida siempre encuen- tres momentos tan llenos de satisfacción como éste.

De nuevo me estrechó entre sus brazos, y en seguida dirigiéndose á Clara le hizo una profun- da reverencia.

Me tocaba á mí seguir la trama, y tomando la palabra presenté á Arturo á mi amiga Clara, y en seguida hice otro tanto con ella; entónces am- bos se tendieron la mano, y se la estrecharon de un modo que solo Alfredo y yo comprendimos.

El recibidor se hallaba completamente lleno por los numerosos amigos que venian á felicitar- me, y en esos momentos solo Leonor faltaba para que yo fuera hasta cierto punto feliz, y unos pa- dres á quienes no conocia.

Aquel dia D. Mariano se habia encargado de obsequiarme en su quinta, dando en ella una mag-

nífica comida y en la noche una tertulia. Yo es- taba de eso encantado, porque Clara me habia dicho.

—Hoy podrás hablar con Leonor.

Y al instante comprendí que no podria ser en otra parte mas que en las fiestas con que D. Ma- riano me honraba.

Eran ya más de las doce del dia, cuando D. Mariano, que aún no habia aparecido en el reci- bidor, logró con mucho trabajo penetrar en él, me dió un nuevo abrazo y me dijo.

—Todos tus profesores te esperan impacien- tes allá arriba para darte un estrecho abrazo, de manera que puedes ya despedirte de tus amigos y subir, porque bien sabes que aquí solo tienes que permanecer dos ó tres horas, y allá te espe- ramos.

Tomó entónces del brazo á Clara, diciéndole:

—Vamos ya, hija mia.

Luego se volvió á mí, y en voz baja me dijo.

Te suplico que traigas contigo á mi casa á Arturo y á Alfredo; pues muy justo es que tus amigos hoy se regocijen contigo.

—Muy bien, D. Mariano, contesté á mi pro- tector fijando en Clara una mirada de intelligen- cia, que ella supo corresponder muy bien.

—Adios, Genaro, me dijo entónces alargándome su manecita, hasta luego.

En seguida se despidió de todos los de la familia de D. Justo, y al llegar a Julia la estrechó con mas cariño que á Sofia, y dándole un beso

—Dios la haga á vd. muy feliz, amiga mia, le dije, ese es mi mas ardiente voto.

—Gracias, señorita, respondió con un acento entrecortado por la emocion mi pobre amiga.

Clara y D. Mariano pronto se perdieron de vista, y entónces Doña Margarita, dirigiéndose á mí me dijo.

—Ya no te queremos quitar el tiempo puesto que te esperan arriba tus profesores, y tienes que disponerte para las fiestas con que te distingue D. Mariano. Genaro, tú sabes que gozo quizás mas que tú mismo en tus triunfos, ¡ojalá ellos no te cuesten mas tarde las lágrimas con que la envidia los humedece!

—¿Qué tan pronto se van vdes. tia? exclamé yo entónces viendo con ternura á Julia.

—Sí, Genaro, hoy es dia muy ocupado para tí, y no te queremos quitar el tiempo. Te teníamos dispuesto un pobre almuerquito, pero como hemos oído decir que aquí en el colegio piensan tambien festejarte, ya no podemos exigir que nos acompañes.

—Aunque sea media hora, le dije, tendré el gusto de ver á vdes. hoy en su casa ántes de ir á la de D. Mariano, no seria feliz si no pagara ese tributo tan caro á mi corazon.

—Gracias, Genaro, ¿entónces te esperamos, sin la menor duda?

—Sin la menor duda, allá estaré si es posible á las tres.

Extendí mi mano á Doña Margarita y á sus dos niñas: Julia ya no lloraba pero estaba trémula.

Arturo y Alfredo almorzaban conmigo en el colegio.

Apénas mis amiguitas se fueron, subí presuroso con todos mis compañeros de colegio á los corredores; allí en efecto me esperaban mis profesores, los cuales uno por uno me estrecharon con ternura, y me hicieron un obsequio particular de afecto y amistad.

Entre estos gajes ví con sorpresa algunas bonitas alhajas, anillos, botones, mancuernas. No pudieron dejar de conmoverme, estas manifestaciones de aprecio, y mis lágrimas corrieron de nuevo sobre el pecho de mis buenos profesores.

Era ya demasiado, no podia yo soportar el peso dulcísimo pero conmovedor de tantas demostraciones,